



Libro: Hecht, Susanna B. *The Scramble for the Amazon and the "Lost Paradise" of Euclides da Cunha*. University of Chicago Press, 2013.

Geografías reales y mitológicas:

La Amazonía con historia de Susanna Hecht.

Por Ana María Durán Calisto

El penúltimo libro de la geógrafa estadounidense Susanna Hecht, *"The Scramble for the Amazon and the Lost Paradise of Euclides da Cunha"* (La contienda por la Amazonía y el paraíso perdido de Euclides da Cunha), tiene una estructura compleja, como la de aquellas películas que hilvanan varias historias y revelan al final información crítica que trastoca por completo el significado del texto, obliga a rebobinarlo y releerlo. Luego de 484 páginas de intensa lectura, Hecht nos deja saber que su intención principal era traducir a da Cunha, el reconocido autor brasileño, cuyo *Os Sertões* se consagró como la *Ilíada* de la naciente república, con su recuento poscolonial de la batalla de Canudos y el reconocimiento (novedoso en ese entonces) del mestizaje como el "cimiento de nuestra raza".

Da Cunha era hijo de un esclavista portugués y una india Kariri. Había pasado los últimos cinco años de su vida, antes de que fuese asesinado por el amante de su esposa en 1909, en la Amazonía, como agente de la Comisión Binacional de Reconocimiento del Alto Purús, encomendado por el Barón de Río Branco, entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil. Los textos dispersos y en proceso que produjo en su época amazónica fueron recolectados y publicados por Leandro Tocantins -uno de los grandes estudiosos de la cuenca- en 1966, en conmemoración del centenario del nacimiento de da Cunha, bajo el título de *À margem da história*. Son aquellos fragmentos los que traduce Hecht, para articularlos en una nueva totalidad en la cual el mortero termina por adquirir tanto peso visual y conceptual como los ladrillos. Traduce, como nos lo explica ella misma, con la creatividad de un Borges que considera inacabado todo texto, y el convencimiento de un Gregory Rebassa, quien defendió la importancia del contexto en la traducción (un tema que a Borges, universalista, no le interesaba).

Las decenas de personajes, geografías e historias que se entrelazan en el texto de Hecht son ese intento minucioso por proveer contexto temporal y espacial al trabajo de da Cunha. Dedicó un espacio generoso porque entiende que es la única manera de realzar la agudeza del pensamiento de este visionario brasileño, cuya poética técnica captura, sin pretenderlo, el espíritu poscolonial que cuajaría en América del Sur un siglo después. A lo largo de esos breves cinco años, da Cunha produjo ensayos magistrales y preparaba “El paraíso perdido”: una novela que complementaría la épica de los *sertanejos* del nororiente brasileño -exiliados de la esclavitud o las sequías causadas por El Niño- con otra sobre los desterrados en el corazón de la selva. Al fin y al cabo son dos venas de un mismo pueblo relegado o explotado, que en sus diarias conquistas, penetra y coloniza un interior clandestino, donde puede habitar un sistema defensivo que le garantice la libertad.

Es una de las grandes ironías de la historia sudamericana que fueran los desplazados de Brasil en las tierras de Acre, del Purús, del Javari y del Juruá, quienes proveerían a da Cunha su brillante estrategia de reclamo de soberanía nacional a inicios del siglo XX, cuando las diez naciones sudamericanas, embriones post-revolucionarios, se disputaban, con mayor o menor violencia, un interior “desconocido” y “remoto”, por cartografiarse, haciendo alusión a tratados o acuerdos coloniales, la mayoría caducos en el entramado de los litigios republicanos: el Tratado de Tordesillas, de 1494; el Tratado de Utrecht, de 1713; el Tratado de Madrid, de 1750; el Tratado de San Ildefonso, de 1777; el Tratado de Amistad y Navegación de Ayacucho, de 1867...

De todos los tratados y acuerdos que regularon la contienda por el interior sudamericano, ninguno fue tan importante como el de Madrid de 1750, puesto que ratificó el principio legal romano de *uti possedetis juris* (del latín “como poseéis, así poseeréis”) como regidor en la asignación de jurisdicciones y soberanías nacionales. Este principio transfería el derecho al territorio de un estado *de jure* a otro *de facto*. Es decir, las tierras serían de quienes las hubieren “descubierto”, colonizado y habitado; de quienes pudiesen demostrar la “brasilianidad” o “peruvianidad” de un pueblo en un territorio. Lo que contaba era la gente presente en un espacio, por sobre las líneas en un mapa o las promesas escritas. Este principio tuvo dos ramificaciones. Por una parte, no serían las etnias indígenas las que pudiesen servir como punto de referencia nacional. Los indígenas amazónicos en ese entonces (y acaso aún hoy en día) no se identificaban con ningún estado. Su único “estado” era la selva. Los gobiernos de costas o cordilleras lejanas, o sus emisarios eclesiásticos, representaban una forma más de imperio, interés, imposición y enajenación. La “brasilianidad” de las selvas bajo reclamo tendría que ser probada recurriendo a otros recursos. Los *bandeirantes*, quienes en sus correrías esclavistas se habían convertido en el símbolo preferido por las élites paulistas y cariocas de la conquista fronteriza, no eran territorialmente estables, ni “constructores” de espacios. Fueron los *jagunços*, con sus incursiones perseverantes, domésticas, diarias, quienes compondrían, sin proponérselo, la ocupación estratégica que permitiría reclamar a Brasil enormes áreas de territorio que durante la colonia pertenecieron a los Virreinos del Perú, Nueva Granada y Río de La Plata. Los intereses brasileños prevalecieron en casi todas las revueltas fronterizas que sostuvo el único imperio suramericano con sus entonces ocho vecinos republicanos (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay) y tres coloniales (las Guianas inglesa, holandesa y francesa), por

no mencionar una excursión temporal de la Bélgica de Leopoldo II al interior del “[territorio] contestado” de la Amazonía caribeña.

Hecht transita por todas y cada una de las contiendas suramericanas, desde la vergonzosa y sangrienta Guerra de la Triple Alianza, en la cual las fuerzas unidas de Brasil, Argentina y Uruguay cercenaron a la etnia guaraní y su territorio en un genocidio vergonzoso para la historia de un pueblo que en lugar de luchar para unificar un continente, lo hizo para fracturarlo (una condición que convenía a los imperios atlánticos); hasta los pacíficos acuerdos entre Brasil y Colombia o Venezuela; pasando por los roces intensos –guerras potenciales- con Perú o Francia.

¿Por qué interesa esta historia sobre contiendas fronterizas a arquitectos, urbanistas y planificadores sudamericanos? Porque el principio de *uti possedetis* la convirtió en una historia de los procesos de asentamiento humano del interior continental; una historia que hubiera pasado desapercibida de no ser por los levantamientos y reconocimientos de geógrafos, agrimensores, diplomáticos y viajeros regionales, como da Cunha. Sin ellos, la Amazonía sería el pantano continental sin historia de los naturalistas, científicos, exploradores y viajeros de los siglos XVIII y XIX,¹ quienes prefirieron enfocarse en la descripción de la geología, la hidrografía, la botánica, la zoología, los recursos de interés económico y las “etnias” exóticas que pudieran conceptualizarse como un elemento más del paisaje. Da Cunha notó que la mayoría de eminencias amazónicas jamás abandonó el canal principal del gran río y que su selva, paradójicamente salvaje y vacía, se construía como representación de embarcadero en embarcadero, en medio de porteros, ayudantes locales que colaboraban en la recolección de especies, cocineros y guías, como Manoel Urbino, el de la “inteligencia orgánica” que tanto sorprendió a Chandless. Guías y shamanes a menudo eran los portadores del saber que se le atribuye exclusivamente a la ciencia occidental.

Hecht tiene la perspicacia de notar que al poder anglo-sajón le convenía una narrativa que vaciara a la Amazonía de seres humanos e historia, puesto que, a diferencia de los latinos, los anglo-sajones definían a un territorio como reclamable de estar vacío. Una Amazonía salvaje –y eso incluía a los primitivos a quienes era justificable subyugar y civilizar- era sujeto de colonización. Y varios imperios soñaban con poseer El Dorado que España había resguardado con tanto sigilo durante la colonia. La Confederación de Matthew Fontaine Maury lo imaginaba productivo: un nuevo edén de la economía esclavista, a donde pudiesen emigrar los negros liberados en el sur de Estados Unidos. Los británicos, franceses, belgas y holandeses comprendían el valor que el látex, la quinina, el aceite de tortuga, el oro y otros recursos tenían y tendrían en el mercado global. Pero Da Cunha, Rio Branco y Brasil también estaban conscientes del incalculable valor de los territorios del interior sudamericano y supieron salvaguardarlos con enorme agudeza (en el caso de los territorios del cono sur o el cabo norte, con fuerza militar brutal).

¹ Da Cunha investigó el trabajo de los principales exploradores europeos de la Amazonía: el del prusiano Alexander von Humboldt (a quien le negaron ingreso a la Amazonía portuguesa); el del británico Alfred Russel Wallace; el de los geógrafos del British Royal Geographic Society, William Chandless, Robert Schomburgk y Percy Fawcett; el de los estadounidenses Henry Walter Bates, Charles Mansfield, Matthew Fontaine Maury, Lewis Herdon, Louis Agassiz, Frederick Hartt y Orville Derby; el de los franceses Henri Coudreau y Jules Crevaux Michel Grenouiller and Jacques Sohut Jules Gros; el del suizo Emilio Goeldi; el de los alemanes Johann Baptist von Spix y Carl Friedrich von Martius.

Lo que nos dejan claro Hecht y Da Cunha es que la historia de los asentamientos amazónicos es profunda e intensa. Como la arqueología, la geografía y las ciencias biológicas lo están demostrando con cada vez mayor contundencia, mucho antes de que Europa descubriera el “nuevo mundo” existían ya grandes poblaciones a lo largo del canal principal y los tributarios del Amazonas. Civilizaciones que habían sido descritas por los primeros cronistas de la selva en el siglo XVI están siendo redescubiertas, gracias a sus vestigios imborrables, por landsat.

Hecht enfoca su análisis en el Caribe amazónico y la zona del Alto Purús, dos de los territorios que hubo de reclamar Brasil sobre la base de los asentamientos “brasileños”. Sobre Amapá, nos cuenta que estuvo integrada en los circuitos culturales del estuario y las costas septentrionales del Amazonas “donde existía un sistema agrícola de chinampas (*raised fields*), sofisticada cerámica, arte funerario [...] un observatorio astronómico extraordinario, un ‘Stonehenge tropical’ con dos mil años de antigüedad y unas 127 piedras verticales dispuestas en orientaciones circulares o de otra forma, para marcar los solsticios y los equinoccios” (p. 104). En la Amazonía occidental, en la cuenca del Purús, “más de cuatrocientos geoglifos han sido descubiertos y acaso se relacionan a los grandes bosques antropogénicos de Bolivia oriental [...] La riqueza poblacional y de recursos podría implicar que los ‘bosques salvajes’ cargados de cacao, nueces de Brasil, andiroba y copaiba [...] eran en realidad ‘bosques silvestres’, reliquias paisajísticas de asentamientos milenarios” (p. 260-261).²

² En palabras de Hecht: “*The earliest chronicles of the Amazon reported dense human landscape separated into polities supported by land managed in complex ecological and engineering ways: weirs for fish ponds, bunds, dikes, causeways, roads, and turtle corrals for confinement of this delectable Amazon meat. As Pedro Ursúa and Lope de Aguirre passed by the Purús in 1560, they fretted about the roads leading back to the interior and the numerous settlements. The Purús watershed embraced major pre-Columbian occupation along with those of the Omagua at the confluence of the Rio Negro and the Amazon, the Baurés in the Bolivian llanos, and the engineering cultures of the Upper Xingu. The omnipresence of geoglyphs throughout the Purús watersheds wherever forests have been cleared requires a rethinking of the ‘nature’ of this tropical landscape, its ‘wildness,’ and its historical ‘marginality.’*

The frequency of geoglyph earthworks in the Purús watershed (at this writing more than four hundred have been found), their possible connection to the huge anthropogenic landscapes of eastern Bolivia, and the early descriptions of the Purús area as rich in populations and resources could mean that the ‘wild forests’ of rubber, cacao, Brazil nuts, andiroba, and copaiba (trees which produce a medicinal and illumination oil) noted by many travelers and da Cunha in his reconnaissance report, were in fact ‘feral forests,’ landscape relics of large earlier native settlements, reflecting a long history of anthropogenic forests. Cacao was so dense that da Cunha urged development of the cacao industry there. Historically, the rebellious Mura Indians were reviled because they made collection from the vast groves exceedingly difficult. Extensive areas of bamboo stands –an important marker for human impacts- have also been recorded. Rather than a periphery, a backwater, or a pristine refuge as it is thought of today, the region was a cosmopolitan crossroads, as da Cunha suggests, connecting Andean and Western Amazonian cultures in the complex domesticated landscapes of the pre-Columbian world. Modern linguistic data support this view. The rubber period was perhaps a reengagement with elements of earlier production ecologies and their integration into modern commodity circuits.” (Hecht, p. 260-261)



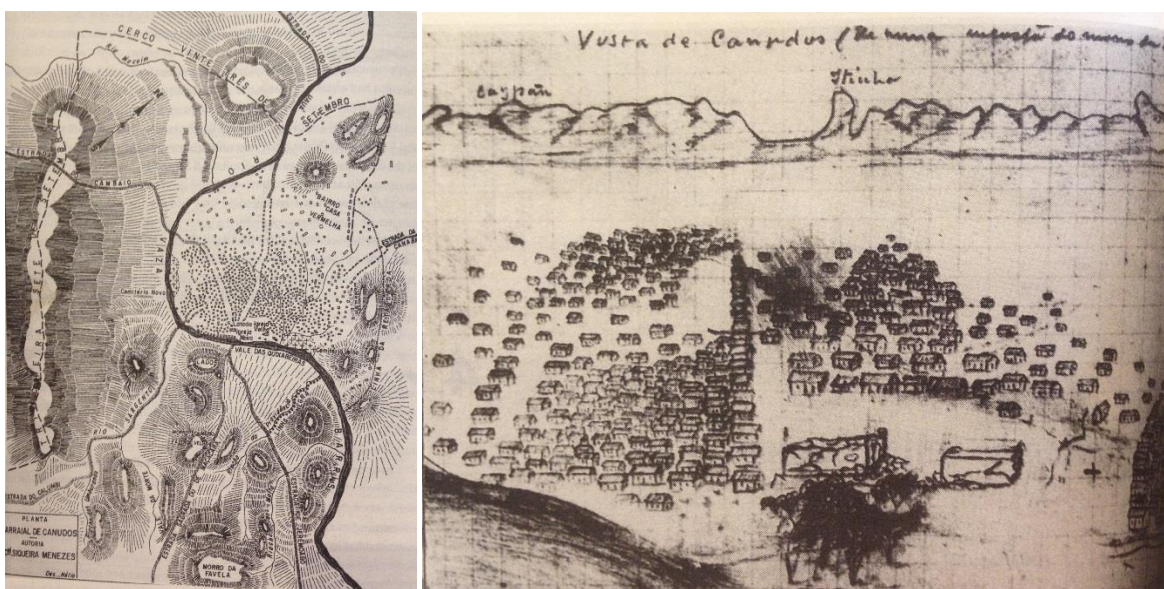
Geoglifo. Fotografía: Cortesía de Susanna Hecht.

Sobre este palimpsesto de extensos asentamientos indígenas, muchos de los cuales fueron decimados por la guerra y la enfermedad, se levantó la estructura de concentración de las misiones religiosas, entre las que sobresalen las reducciones del comunismo cristiano y las utópicas “ciudades del sol” de los Jesuitas. En nodos clave se erigieron fortalezas, como las de Macapá, o colonias penales, como la Isla del Diablo, en Cayena. Pero ni los sistemas defensivos portugueses, por coloniales, ni las misiones, por haber sido jurisdicción de El Vaticano,³ le servirían a da Cunha en su nacionalización del interior sudamericano.

Dos fueron los asentamientos críticos para consolidar el nacionalismo brasileño, y ambos, de naturaleza híbrida. Por una parte, está la proliferación de los quilombos, cuya etimología los ubica dentro de una serie de instituciones angoleñas (la mayoría de esclavos brasileños llegaron a América del Sur desde Angola y Congo). Según Hecht, “en África los quilombos se organizaban en base a rituales y jerarquías, no a linajes ni obligaciones de clan, y poseían autonomía, reglas e instituciones propias. Muchas de las revueltas sociales en Brasil produjeron quilombos o mocambos (Schwartz, Hecht, p. 65). Estos espacios de resistencia construían una cultura propia fuera de las relaciones laborales delineadas por la esclavitud. Individuos de diverso origen se internaban en bosques y forestas por sus cualidades defensivas, y por la posibilidad que ofrecían para multiplicar accesos y salidas, así como el despliegue de estrategias militares de guerrilla”. La clandestinidad y organización en red eran críticas para la supervivencia de los quilombos. Por esta

³ A pesar de la expulsión de los jesuitas y los esfuerzos de Pombal por integrar a las reducciones como comunidades seculares en la sociedad brasileña, su identidad nacional permanecía poco convincente y no se diferenciaba de aquella que portaban las misiones de otros países en los territorios bajo reclamo.

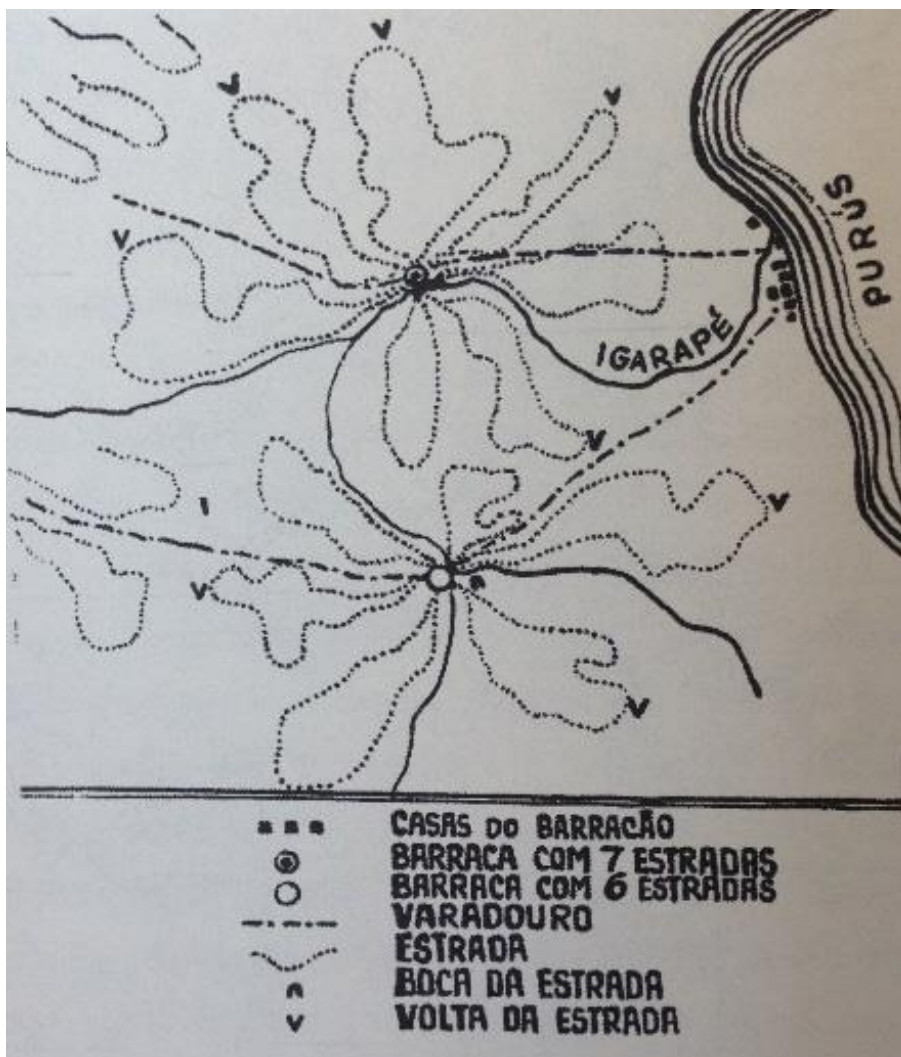
razón se ignoraba la magnitud de su presencia en el territorio, hasta que “en 1988, la constitución brasileña reconoció el derecho al suelo de poblaciones tradicionales en base a sus territorios históricos [...] Los quilombos y sus habitantes ‘salieron de la oscuridad’ [...] Estaban en todas partes: parques nacionales, ciudades, suburbios, montañas y fronteras. Su existencia misma habla con elocuencia sobre sus habilidades defensivas y su resiliencia. Un mapeo de las comunidades existentes derivadas de quilombos arrojó que [...] más de cuatrocientas comunidades ‘residuales’ se encuentran en Pará y más de mil en Bahía (p. 67)”. Desde el punto de vista racial, los quilombos fueron germen de nuevas etnias. Estudios de tipos de sangre, a los que alude Hecht, demuestran que más de la mitad de las características genéticas de los habitantes de quilombos derivan de contribuciones nativas. Otro alto porcentaje, medido mediante el uso del ligamento del grupo sanguíneo Duffy, una mutación procedente de África occidental resistente a la malaria, deja clara la importante contribución de sangre negra.



Cartografía y perspectiva de Canudos, Euclides da Cunha. Canudos fue la segunda ciudad más grande de Bahía, luego de Salvador. Según él, un asentamiento a mitad de camino entre un campamento y un kraal africano. Imágenes cortesía de Susanna Hecht.

El quilombo de Canudos es de particular interés para el urbanismo actual, porque es evidente su vínculo formal y conceptual con las favelas de Brasil, por sobre todo, pero también con las zonas informales que crecen en otras urbes de la región. Los principios que lo rigen son, en gran medida, los mismos que han dado forma a grandes mantos urbanos en las principales ciudades latinoamericanas: “Como muchos refugios de esclavos fugitivos, era difícil llegar [a Canudos]. Ofrecía sustanciales posibilidades para la emboscada y la defensa. Sobre el pueblo se levantaba el Morro da Favela, origen del término que se aplicaría para describir a las zonas de auto-construcción en Brasil (p. 51).”⁴

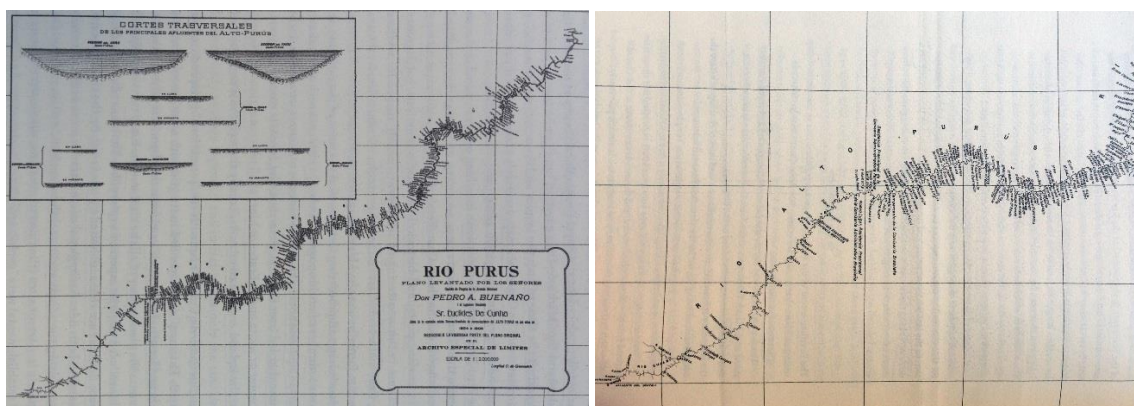
⁴ En palabras de Hecht: “The name favela as a term for an urban settlement comes from the Canudos soldiers who camped on the hills opposite the Ministry of War in Rio de Janeiro waiting for their very tardy pay, mimicking their unhappy vigil over Canudos.” (p. 51)



Asentamiento de extracción de látex en el Alto Purús. Las cabeceras de cada “estrada” de recolección estaban conectadas a las rutas que las vinculaban con los principales canales acuáticos. Euclides da Cunha. Imagen cortesía de Susanna Hecht.

En el Alto Purús, la defensa estratégica del nacionalismo y la soberanía brasileños recayó también sobre otro tipo de asentamiento, aquél generado por la extracción del látex *hevea brasiliensis*, y cuya naturaleza es diametralmente opuesta a la de los quilombos. Si estos últimos representaron, en su clandestinidad e impenetrabilidad, el epítome de la resistencia y la libertad de un pueblo irreverente, los asentamientos del látex fueron la multiplicación del panóptico cruel y oprimiente que condenó a miles de desheredados a girar en los lazos de una espiral de esclavitud (bajo las formas del peonaje). Da Cunha describe con poesía inigualable a estas flores del mal, cuyos “muros forestales”, y su lógica interna de cárcel de la extracción, están contruidos con árboles de cicatrices angulares y blancuzcas, estaciones en un rosario hecho con las letanías del chantaje. Su proliferación y presencia innegable en el territorio sería argumento central para probar la brasilianidad de estas tierras.

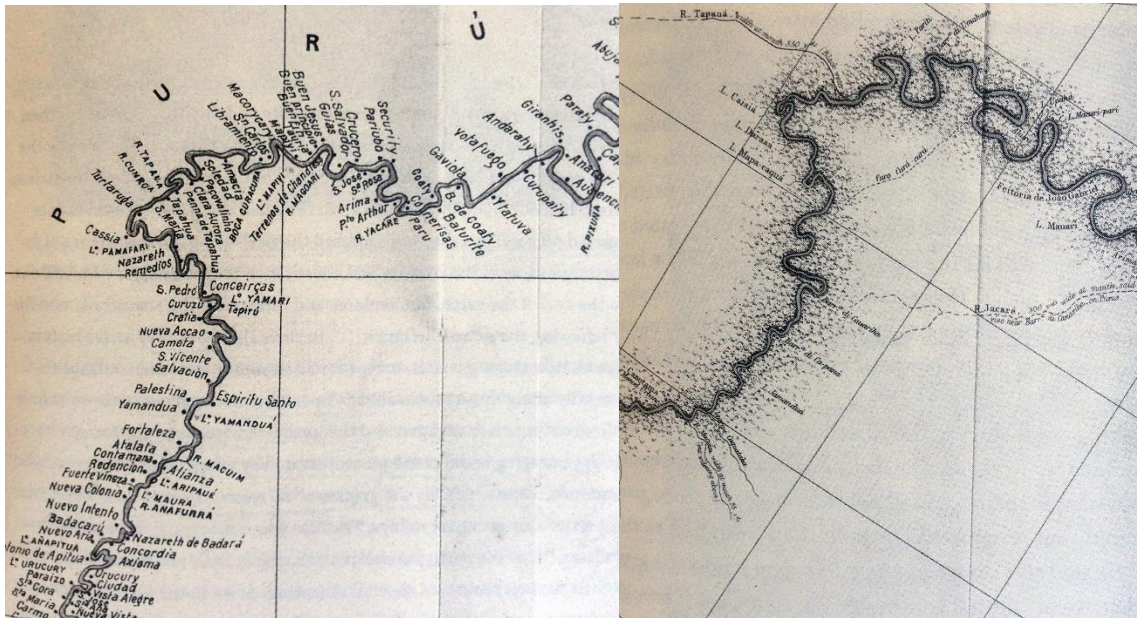
Resulta que el Alto Purús (y el Alto Juruá), con su selva primicia intocada por el hombre –el mito del turismo de masas del siglo XXI- no es prístino, ni primario, acaso asilvestrado⁵, y prospera plagado de espectros. Fue a lo largo de sus márgenes donde los caucheros de Perú colisionaron con los *seringueiros* brasileños, ávidos ambos por alimentar las fauces de una creciente revolución industrial, consolidada en Inglaterra y consolidándose en Europa Occidental y Estados Unidos, a lo largo del siglo XIX e inicios del XX. Hecht nos hace notar que el boom del caucho duró una centuria. Comenzó a inicios del siglo XIX, cuando se convirtió en un importante componente industrial. Su producción alcanzó un clímax gracias a la reinención de la vulcanización lograda por Charles Goodyear (1844).⁶ Finalmente, declinó dramáticamente desde que el británico Henry Wickham contrabandeara miles de semillas del preciado árbol para aclimatar sus plántulas en Kew Gardens, en Londres, y detonar el boom del caucho asiático suroriental. En Ceilán, Tailandia y otros territorios del Asia tropical, el árbol crecería en grandes plantaciones, lejos de las plagas que le eran naturales y no permitían su industrialización en la Amazonía –causa principal del fracaso de las plantaciones de Ford en el Tapajós y el colapso de su utopía comunitario-obrera, Fordlandia. Sería la diferencia entre los “pulpos” de los *seringueiros* (metáfora de da Cunha), estables y presentes en el territorio, anclados por el sedentarismo que exige el recurrente sangrar de cada árbol, y las caucherías, nómadas en su depredación de árboles (del tipo Castilla) que tenían que ser tumbados para extraer de un solo golpe toda su sabia, un método mucho más rentable,⁷ pero devastador social y medioambientalmente, y nómada. Como demuestra el mapa Buenaño/da Cunha, del lado “peruano” del Purús, los asentamientos se diluían y desconcentraban, aparecían y desaparecían; mientras que del lado brasileño se apretaban unos contra otros a escala 1:2000000, en las múltiples espinas de letras que expresaban con contundencia la magnitud de la presencia brasileña a lo largo de los meandros del Purús.



⁵ En inglés, *feral forest*, un bosque que por su elevado índice de especies productivas, útiles para el ser humano, se infiere como parcialmente “domesticado” o “intervenido” biológicamente. Estudios recientes demuestran que un alto porcentaje de la selva amazónica es producto del hábil manejo forestal de las culturas indígenas.

⁶ Hecht, en su libro, hace referencia a procesos prehispánicos de vulcanización artesanal, comunes en Mesoamérica y la Amazonía.

⁷ Según Hecht, “el látex de un solo árbol de caucho equivalía al látex de un año de sangrar a un hevea”.



Mapa Buenaño/da Cunha en distintas escalas. La densidad de poblaciones de *seringueiros* es evidentemente superior a lo largo de un tramo del Purús y se corta drásticamente en el lugar donde inicia la presencia menos densa de las caucherías. La frontera productiva y “biogeográfica” se volvió política. Brasil se impuso en la contienda por el Purús.

La frontera entre una forma de explotación y otra a menudo se confunde con una frontera biogeográfica. Es, en realidad, la colisión entre dos métodos productivos, y ejemplo perfecto de las ecologías políticas que Hecht contribuyó significativamente a establecer, cuando decidió juntar el estudio “científico” de la cuenca amazónica, como geógrafa y bióloga experta en suelos, con el conocimiento antropológico, etnográfico, económico y social de una selva que le pareció profundamente humana y afín con la presencia milenaria de la cultura.



Varadouro. Fotografía cortesía de Susanna Hecht.

Además de los asentamientos de los *seringueiros*, fue la actividad de los *varadouros* - infraestructuras de interconexión entre cuencas, construidas en zonas donde los meandros de uno y otro río se aproximan- la que le permitió a da Cunha ratificar la presencia brasileña en la zona del Alto Purús. Los *varadouros*, cuya existencia de riel para naves parece surreal en las películas de Herzog, eran “puentes” de uso probablemente antiguo, y conectaban al Alto Ucayali con el Madre de Dios, o al Alto Juruá con el Purús. Estos enlaces atávicos de las rutas históricas de los Piro, quizás incluso, de las rutas de aprovisionamiento de los Incas, fueron reactivados durante la explotación del caucho y le sirvieron a Brasil, irónicamente, como una prueba más de su presencia cultural en la zona.



Casa-barco o casa flotante. Fotografía de Euclides da Cunha, cortesía de Susanna Hecht.

La visión totalizante de Hecht es una de optimismo. Si le dedica tanto tiempo y espacio a la enormidad de la historia amazónica, es porque contiene claves para su futuro, claves que involucran, no excluyen, a un actor crítico de la biodiversidad y el bienestar de la selva: el ser humano. Pero no el que la explota en un nuevo ciclo de saqueo mezquino, sino aquél que erige chinampas, o *terra prieta*, o bosques silvestres y agro-forestales, o casas-barco y asentamientos flotantes, o *varadouros*, o toda forma de (infra) estructura cultural y productiva que comprenda la lógica inherente de la selva, de los trópicos, y la respete sin subestimar el conocimiento embutido en sus habitantes. Hecht, sin proponérselo, en su cartografía temporal, ha construido una visión de América del Sur profundamente poscolonial.